

LA NOVELISTICA NORTEAMERICANA Y SU NEGACION DE LOS MITOS ORIGINALES

José M^a. BARDAVÍO

Macbeth se encuentra seguro. Nadie puede quitarle el trono. Las brujas vaticinaron que nadie nacido de mujer podría arrebatarse el trono a Macbeth. Otras profecías fallaron pero cuando Macbeth se encuentra en la lucha final con Macduff parece hartado de tanta sangre y se apiada de Macduff. Le asegura que es imposible que le venza: *Nadie nacido de mujer puede vencer a Macbeth*. Pero Macduff contesta: *Yo no nací de mujer. Me extrajeron del vientre de mi madre antes de que me pariera*. Y a continuación y de un tajo le corta la cabeza.

El nacimiento de Norteamérica puede explicarse desde esta propuesta nuestra a la que llamamos el *mito de Macduff*. Norteamérica nació con la llegada de un pequeño grupo de puritanos que venían con la pulsión síquica colectiva de *nacer* en América. Inglaterra, la madre perversa, les había perseguido desde el momento en el que formularon y desarrollaron sus teorías radicales y, consecuentemente, impedido formarse social, cultural y políticamente; les había impedido formarse como comunidad diferenciada y como ser social. Los puritanos querían volver a las fuentes de la Iglesia en

un momento en el que la estrategia política inglesa trataba de establecer corrientes liberales que consiguieran la concordia entre las distintas iglesias. En el hervidero religioso en el que se había convertido el país los radicales debían ser perseguidos.

Y abandonaron Inglaterra y se refugiaron en Holanda: Provocaron su propio aborto (para no extinguirse en una madre que les aniquilaba) para permitirse seguir consolidándose, para permitirse seguir viviendo embrionariamente. Pero Holanda no satisfizo sus aspiraciones. El ambiente seguía manifestándose en su contra: un idioma extraño; cargas fiscales; reclutamientos forzados en empresas militares totalmente ajenas a sus intereses, etc. Y decidieron encontrar el lugar apto para expresarse sin traumas. El lugar apto para (síquicamente) nacer como colectividad: América. El viaje del Mayflower señala la conciencia de devolverse simbólicamente a un origen perfectamente original: elegido por ellos; un trasvase uterino desde una madre perversa que les negaba, a una madre buena para en ella nacer, para en ella empezar a ser.

En la gigantesca bolsa amniótica del océano el diminuto embrión de un grupo tribal empieza a navegar hacia la vida, hacia la inmaculada vagina del Nuevo Mundo. Buscaron la salida a su propio ser por una oquedad jamás fecundada culturalmente. Y no nacieron de una madre virgen sino que nacieron a una madre virgen.

Un nacimiento provocado para evitar su muerte, una cesárea, salvó a Macduff. Y también, la propia expulsión del seno de la madre patria salvó a los brownistas de su extinción. Este grupo embrionario se reproduciría rápidamente debido a la ubérrima naturaleza de la madre elegida para nacer. Y un siglo más tarde —con la Independencia— Macduff seccionaría la cabeza a Macbeth; se desprendería de la madre que le impidió nacer.

El nacimiento de Norteamérica es perfectamente original. Difiere completamente del surgimiento de otras naciones. En la génesis de la fundación de América late ya el pecado de orgullo de Achab, obsesionado con la idea de destruir la parte negativa de lo creado por Dios, la ballena provocadora y misteriosamente blanca de Europa. El narcisismo de Ishmael capaz de perderse hasta lo infinito en sus propias ensañaciones. El adanismo imposible de Nathanael Bumpo, el equilibrista andrógino que cabalgó el primer paraíso americano haciendo piruetas imposibles entre blancos e indios. El anhelo por la *diferencia* que esconde la cándida excursión campestre de Rip Van Winkle.

Pero sobre todo, el nacimiento de norteamérica esconde su ra-

zón más profunda en las características mismas de su propio nacimiento que no fue premeditado sino forzado, como el nacimiento de Macduff. El grupo de *padres peregrinos* que fundaron las primeras colonias de Nueva Inglaterra pertenecía, como decíamos, a la más radical de las tendencias del puritanismo. Eran brownistas. Pretendían la exclusión de Inglaterra de cualquier doctrina religiosa que se alejara de la normativa bíblica ortodoxa; pretendían la exclusión de todo lo que no emanara de la palabra de Dios declarada en la Biblia. El estado, la sociedad, la vida cotidiana, debía de ser un estricto reflejo de la voluntad divina.

En un país, Inglaterra, en donde la concordia y el entendimiento entre las distintas iglesias se consideraba indispensable para la estabilidad interna del país, las aspiraciones de los brownistas no sólo no parecían absurdas sino peligrosas. En medio del fermento y el auge de la pasión religiosa general, los brownistas alzaban sus extrañas voces en favor de una teodicea que atacaba tácitamente el poder establecido. Y se decretó su persecución. Así, antes incluso de formalizar su ideología y su pensamiento, antes de consolidarse en un grupo coherente, cuando sus aspiraciones eran más sentimentales que racionales, antes, en suma de *ser* plenamente se decretó su erradicación del cuerpo nacional: se les negó la vida.

Es entonces cuando de América llegan a Europa las noticias de los primeros asentamientos ingleses en Virginia. Se trataba de aventureros, militares y hombre de empresa que trataban de sacar beneficio de una tierra, que a pesar de los peligros parecía contener enormes beneficios. Pero no era la dimensión aventurística ni la mercantil o militar la que podía despertar en los puritanos su vocación americanista. Como hombres con aspiraciones culturales, como hombres dados a las utopías teológicas, los puritanos se sintieron movidos hacia América por otras causas: El descubrimiento de un nuevo continente había conmocionado profundamente la teología europea porque Europa, Asia y Africa, los tres continentes conocidos hasta entonces, componían un diseño espacial universal que parecía proceder directamente de la divinidad. La divinidad ofrecía el misterio de la trinidad en la configuración misma del orbe. Así es que la aparición de un continente nuevo disolvía automáticamente el complejo mecanismo teológico, que se sostenía en presencia refleja de la divinidad en la constitución misma del planeta. La presencia del Nuevo Mundo hizo que se rectificara los criterios teológicos. Por eso América empezó a ser contemplada desde otras perspectivas. Una de esas perspectivas consistió en entender que

América era un paraíso en la tierra. El lugar de la regeneración; el paraíso recuperado. El lugar diseñado por Dios para dar una nueva oportunidad a los hombres.

Cuando el mundo no ofrecía sino un espectáculo de fragmentación religiosa (con luchas por el poder enmascaradas tras el disfraz de la religión), la idea de un espacio virginal inédito y con posibilidades para emprender un nuevo éxodo bíblico cautivó los sueños de los puritanos cada vez más sofocados en Holanda y la idea del paraíso americano empezó así a formarse. Tal idea no sólo emanaba de las nuevas interpretaciones teológicas que explicaban la aparición del nuevo continente, sino que emanaba también de una aspiración antiquísima y con gran cantidad de manifestaciones en todas las literaturas. Desde muy antiguo, el hombre había soñado con la vuelta al estado puro que la humanidad vivió durante la Edad de Oro. Una enorme cadena de utopías se había formado desde la antigüedad presentando en cada eslabón, en cada obra, una nueva máscara para la misma idea del paraíso en la tierra. América venía a ser el último eslabón, un eslabón esta vez real de esa aspiración suprema de occidente reflejada en todas sus literaturas. Los movimientos arcádicos europeos y el *green world* de Shakespeare surgían ante la misma contemporaneidad puritana.

Para el psicoanálisis, esa aspiración perenne de vuelta al lugar paradisiaco parece surgir de una fuente segura; el recuerdo síquico de la estancia del hombre en el seno materno; el único y definitivo paraíso vivido por cada uno de nosotros. Atlántidas, arcadias y eutopías proceden de la misma fuente síquica. Y cuando las cosas de este mundo van mal, cuando el trauma se apodera de la sensibilidad del hombre es entonces cuando el registro impreso en la síque de la experiencia primigenia surge y surge de mil maneras. El inconsciente colectivo auna las aspiraciones, y la cultura muestra los cientos de waldenes, los miles de oasis, de comuna de hippies, desplegadas a perpetuidad a instancias del flujo de nuestra estancia en el paraíso materno.

Así, al estímulo del paraíso teológico americano, al estímulo utópico americano, se superpuso el trauma colectivo que padecían los brownistas. El trauma de haber sido expulsados del cuerpo de una madre perversa; abortados antes de haberse formado como grupo social. Y los brownistas presintieron a nivel profundo que sólo un paraíso, que sólo el nuevo útero proporcionado por la divinidad podía posibilitar su definitivo nacimiento. Y embarcaron en el Mayflower convencidos de que América había sido diseñada por Dios

para mostrar al mundo el camino de la regeneración puritana. Pero bajo el mesianismo abiertamente declarado en los primeros escritos americanos nosotros descubrimos que a nivel más profundo, a nivel analítico, la neurosis básica de ese grupo social fundacional es una *fantasia uterina*. El anhelo insondable de reencontrar el ambiente paradisiaco adecuado para acabar de formarse y nacer. Es decir, si Inglaterra les había expulsado, les perseguía y aniquilaba, América les ofrecía la vida.

Del incalculable potencial mítico que encierra el mito de Robinson debe extraerse el concepto de *self made man* que no surge en Estados Unidos como suele creerse sino precisamente de la novela de Defoe. Efectivamente Robinson es el primer burgués capaz de demostrar a la historia que él y la nueva clase social que representa (ahora en el siglo XVIII inglés en el poder) es capaz de sobrevivir y desarrollarse aun a pesar de los vientos y de las mareas más funestos y de las más pésimas circunstancias. Un hombre nuevo capaz de ser a partir exclusivamente de su propia dotación. Robinson Crusoe un nombre y un hombre cualquiera, y no un aristócrata, es capaz de sobrevivir en las condiciones más deficitarias. El burgués es pues autosuficiente y ejemplar. Pero en todo caso Robinson Crusoe no deja de ser una novela, y el manifiesto triunfalista que encierra es más una aspiración de clase que una realidad.

Lo importante de este mito es su reconversión, su traslación desde la Inglaterra del XVIII a tierra norteamericana para allí darle carta cabal de plausibilidad. Y así la exaltación europea de la autosuficiencia del hombre va a convertirse en una realidad para el norteamericano. El Robinson europeo va a convertirse en el Adán del Nuevo Mundo, en el Adán americano. La reconversión de este mito, produce una muy interesante variante: Robinson vivió en su isla sin olvidar ni un sólo instante su procedencia y la dotación ideológica de su procedencia. El Robinson americano (el Adán americano) muy al contrario, pretendía cortar de raíz su dotación histórica; negar su procedencia europea. Ser el primer hombre, Adán, en el nuevo paraíso regalado por Dios para la reconstrucción del ser humano.

Cuando en 1828 Andrew Jackson es elegido presidente de los Estados Unidos, tratará de convencer a todos que el *self made man* era posible en Norteamérica e imposible en cualquier otro lugar. Nótese en primer lugar cómo el mito puritano de la Nueva Jerusalén, de América como paraíso, relativamente olvidado desde la caída del puritanismo a principios del XVIII, es no sólo desempolvado his-

tóricamente sino sobre todo políticamente capitalizado por el partido demócrata del presidente Jackson. Esta propuesta política de Jackson estaba respaldada en la ingente obra de un historiador de la talla de Bancroft. La base de la vastísima obra de Bancroft referente a este tema consiste en asegurar que el advenimiento del pensamiento jacksoniano supone liquidar los últimos vestigios de la cultura europea en América. Jackson era el final de la purificación nacional iniciada con la llegada de los *padres peregrinos*, consolidada en la Revolución Americana, y culminada ahora con la llegada de Jackson al poder. Bancroft compara a Washington con Jackson, ambos habían vivido su juventud en el bosque entrenándose en la naturaleza y en la meditación para sus empresas posteriores. Estos dos presidentes no debían nada a la historia. Habían surgido en el paraíso americano, habían sentido y vivido esa unión del hombre con la naturaleza y de esa unión surgía el verdadero protagonista, el hombre nuevo (carente de historia) el verdadero *self made man*: Un hombre nuevo para la historia universal. La decadente, perniciosa y corrupta Europa quedaba así olvidada, liquidada.

No insistiré más en este tema, en la seguridad de que, para los políticos, para muchos intelectuales y para el pueblo americano, América presentaba al Nuevo Mundo un modelo de sociedad nuevo, perfectamente purificado de las corruptelas europeas, el lugar limpio y bien iluminado del que habla Hemingway (en otro contexto, claro está, en uno de sus relatos).

¿Cuál ha sido el papel de buena parte de los novelistas norteamericanos?: Negar sistemáticamente la tesis de los políticos. Y tal cosa comienza con el primer gran novelista norteamericano James F. Cooper. Nathaniel Bumppo el héroe de su famosa serie *Leathers-tocking* se ha criado en el bosque, es un hombre perfectamente hermanado con la naturaleza. Ve, admira y siente profundamente el milagro de la creación y su integración en la naturaleza es armónico y total. Pero Bumppo es el único Adán del paraíso americano. El resto de los personajes que atraviesan sus novelas se dedican a toda clase de prácticas degradantes, a menudo infames, como es no sólo la manipulación grosera de los indios sino su exterminio y también ejercicios sádicos institucionales como las ofertas de dinero hechas por el gobierno a cambio de cabelleras de indios. La destructiva acción de los pioneros contra la naturaleza al dedicarse a cazar las aves migratorias con cañones y a pescar con redes en los ríos,

etc., etc. Fácilmente puede notarse el poco crédito que Cooper daba a la teoría del Adán americano y lo consciente que el novelista era de que su héroe encarnaba un ideal utópico jamás presente en la realidad. Pero es que además el propio Cooper tajante por un lado en su postura a favor de los indios por otro lado desapruaba rotundamente el mestizaje, de ahí la redundancia de fatalidades cuando en sus novelas aparezca la posibilidad de un romance entre una blanca y un indio. Axiomáticamente ambos caerán fulminados por alguna flecha perdida. Y llega incluso a lo ridículo cuando la posibilidad de tal amor habría surgido porque la heroína blanca no es blanca del todo sino que corre por sus venas algún antecedente de raza negra (el caso de Cora en *The Last of the Mohicans*), es decir, la unión sexual entre indio y blanca anglosajona era simplemente inimaginable y eso dentro del progresismo que en otros sectores de su pensamiento veíamos en este autor.

Nathaniel Hawthorne invalida también la tesis jacksoniana tras el análisis entre lo que decían los puritanos fundadores de la nación era su credo, y sus acciones. Hawthorne trató de demostrar que la teodicea organizada por los puritanos del siglo XVII fue un sistema peligroso e hipócrita. Tal tesis la desarrolla en su más famosa novela *The Scarlet Letter*. Para empezar, la fuerza que activa a Hester Prynne para sobrevivir en la puritana comunidad de Boston es la fuerza emanante de su pasado inglés y no colonial. Quiere decir Hawthorne con esto que la utopía de tratar de eliminar la procedencia histórica anhelada por los puritanos para crear el nuevo hombre americano, era la fuente más segura de su perversidad. No eran santos sino perversos dice Hawthorne en esta novela. El simple anhelo de renunciar a sus orígenes históricos un pecado de orgullo que, como en las tragedias clásicas, debe ser pagado por el héroe. Efectivamente los puritanos en su afán perfeccionista dejaron de ser humanos. Su maniaca actividad de hermanarse con la idea de un dios perpetuamente airado, les convirtió en obsesos que acabaron destruyendo inquisitorialmente a quienes sospechaban culpables de pecado. Actividad que se desarrolla en la novela contra la adúltera Hester Prynne (y práctica verdaderamente espeluznante, en la famosa quema de brujas a principios del siglo XVIII). Así que para Hawthorne, nada había tan lejos de la verdad como el sueño del paraíso americano y aceptar como adanes a sus primitivos pobladores puritanos.

En *The Adventures of Huckleberry Finn* el paraíso americano queda reducido a la línea de agua del Mississippi. Cada vez que esa

pareja negada por la historia y sólo posible en la ficción (como quizá es la verdadera aspiración del sueño americano) y que consiste en la asociación de un niño blanco y un negro adulto, salen del río (salen del sueño de hermandad racial) y tocan cualquier orilla, allí, y con toda seguridad, les espera la violencia, el crimen, la persecución, el racismo, el odio, el engaño, el fraude, la desesperación y la muerte. Lazos entrañables perfectamente utópicos en el tiempo en el que la novela fue escrita crecen entre Huck y Jim, pero cuando su hermandad quiere extenderse tierra adentro, una realidad histórica increíblemente despiadada se abate sobre ellos; jamás permitiendo el florecimiento pacífico de tal hermandad.

William Faulkner es el autor que da el paso más radical en cuanto a la anulación del mito del paraíso americano. Si tal anulación de tal mito es omnipresente en el conjunto de su obra, en *The Bear* queda perfectamente clara. Ike MacCaslin se siente incapaz de aceptar la herencia de su familia cuando tiene ocasión de leer una serie de documentos que explican la conducta de sus antecesores con los esclavos negros de la plantación. Es tal el horror que suscita en su conciencia la evidencia de las vejaciones y depravaciones acumuladas por su familia que el legado familiar, la plantación, el paraíso que debió ser habitado en una concordia interracial, se le muestra ahora infernal e inaceptable desde tal revelación. Comprende que la explotación sexual de las esclavas negras creó una oscura línea bastarda, mestiza, cuyas vicisitudes históricas son tan siniestras que tiñen de espanto la historia familiar y que en consecuencia, el orgullo de sangre sureño es una hipócrita reacción al pecado de la esclavitud y al sinfín de consecuencias que la esclavitud recreó volviéndose en contra de sus gestores y patrocinadores.

No aceptar la plantación significa no sólo abjurar del mito del paraíso sino de la historia misma del Sur, puesto que ese microcosmos de la finca es en verdad la historia del Sur desde la llegada de los blancos hasta los años treinta de nuestro siglo. Pero es que el viento que impulsó las velas de los barcos que venían de Inglaterra era un viento infectado; dice Faulkner extendiendo su pesimismo no sólo al contexto histórico sureño sino a la condición misma del hombre.

En *Being There* (traducida con los títulos *En el jardín* (Pomaire) y *Bienvenido Mr. Chance* (Bruguera), la tradición mítica de América como paraíso la vislumbramos, una vez más, enormemente degradada. El paraíso es ahora un diminuto jardín y su Adán un héroe profundamente neurótico. Pero también los alrededores de ese

paraíso duramente ironizado, las personas que habitan la gran ciudad, se hallan inmersas en una maraña de convenciones, ritualizaciones y, en suma, superficialidades que ocultan hasta lo insondable los valores que hicieron posible esa sociedad. Cuando la novela acaba Chance está a punto de ser elegido presidente de los Estados Unidos. Su fulminante ascenso producido por una cadena de casualidades cuya esencialidad —aun imposible— nos hace pensar que lo imprevisible, que la casualidad, puede ordenar una terrible realidad; que la realidad es una cadena de absurdas casualidades y que, sobre todo, tal cosa es posible porque aquel mundo de la sacralidad que inspiró los primeros movimientos de los pueblos y de las culturas está tan lejos de la realidad que aquellas verdades han dejado de tener contacto con estas realidades. Y, por lo tanto, en este mundo profano, Mr. Chance —el dios de la casualidad— puede ordenar a su incompetente capricho no sólo la realidad sino el destino de los hombres.

Todavía divisamos un último eslabón en esta cadena de negaciones al mito del paraíso americano. Se trata de la novela de J.P. Donleavy, *A Fairy Tale of New York*, porque el héroe de esta novela cierra el mito. Cierra el proceso novelístico de negación del mito, abandonando para siempre los Estados Unidos. El héroe que llega de vuelta a América en busca de su propia identidad como norteamericano, ante la desenfundada, absurda y apocalíptica sociedad que encuentra y vive, ante el convencimiento de su propio agotamiento, acaba dejándola. Y toma el barco que le devuelve a Europa. Es como si Macduff (los brownistas que buscaron América para nacer) se negara al nacimiento. Como si los *padres peregrinos* remprendieran el camino de vuelta a casa (a la madre patria original ante el desvarío de su odisea americana).

La novela de Donleavy cierra la trayectoria del mito del paraíso americano siendo el último eslabón el más duro y cruel de todos. Y el más coherente en la dinámica misma de negación secular del mito desde la perspectiva de la novelística americana y su escrupuloso lavado de mitologías construidas en circunstancias alejadas al hecho novelístico. Y es esta nítida percepción de sí misma y este escrupuloso recuento de sus propias miserias, en suma, es la patética búsqueda de la verdad y de la identidad, lo que verdaderamente impele a la gran literatura norteamericana, lo que la convierte, precisamente por ello, en una de las literaturas más ejemplares de nuestra moderna cultura occidental.